

## **Narcisismo primario y amor primario\***

*Michael Balint\*\**

(Londres)

### RESUMEN

1) Freud propuso tres teorías de la relación más primitiva del individuo con su medio: relación objetal primaria, autoerotismo primario y narcisismo primario.

2) Intentó una síntesis de estas tres teorías en favor de la del narcisismo primario. Se describió al autoerotismo como la satisfacción característica de la fase de narcisismo primario, en tanto que todo otro tipo de relación objetal se consideró secundaria. Esta construcción teórica tiene varias contradicciones inherentes; Freud no reconoció ninguna de ellas. En años recientes, Hartmann, Kris y Loewenstein en particular, destacaron estas contradicciones y propusieron una nueva terminología que, si bien resuelve alguno de los antiguos problemas, parece crear otros nuevos.

3) Examinando nuevamente los argumentos de Freud y de la literatura analítica después de él, que intentaban hacer aceptable la teoría del narcisismo primario, encontramos que sólo prueban la existencia del narcisismo secundario. Las dos únicas excepciones que no pudieron explicarse únicamente con la base del narcisismo secundario, eran los estados regresivos en la esquizofrenia y en el sueño, pero aun en estos dos casos, la regresión parece ser a una forma primitiva de relación más que el narcisismo primario.

4) Puesto que las observaciones clínicas no parecen poder darnos una base sana para aceptar la teoría del narcisismo primario, la teoría analítica recurrió a la posibilidad de antedatarla al período de la vida fetal. Un análisis detenido de los datos disponibles, sugiere que la teoría del narcisismo primario, aunque compatible con estas observaciones, no se deduce necesariamente de ellas. Se propone una teoría de amor primario que parece concordar mejor con los hechos observados.

5) Usando esta teoría, puede comprenderse e integrarse mejor una cantidad de observaciones clínicas para formar un sugestivo argumento en favor de su validez.

---

\* "Psych. Quart.", Vol. XXIX, 1960, N° 17, p. 6.

\*\* Presenté varias partes de este ensayo en la sesión inaugural de la Sociedad Psicoanalítica de Pittsburgh y en las Sociedades Psicoanalíticas de Londres, Montreal, Nueva York y Washington, en 1959-60. Deseo hacer público mi agradecimiento por el Sr. James Strachey, quien me permitió hacer uso de sus inigualados conocimientos sobre los escritos de Freud, cada vez que se presentó una duda.

Estas observaciones incluyen experiencias con esquizofrénicos, alcohólicos, pacientes narcisistas, y diversas modificaciones técnicas propuestas por varios autores para permitir que el paciente establezca una relación terapéutica efectiva en la situación analítica.

6) Finalmente, el examen de la vida erótica del hombre nos provee de un apoyo más en favor de la teoría del amor primario.

Traducido por Jorge Mizrahi.

**Descriptores: AUTOEROTISMO / NARCISISMO / OBJETO / YO / SUEÑO / ESQUIZOFRENIA / ADICCIONES / AMOR PRIMARIO.**

## I.— LAS TRES TEORIAS DE FREUD

Es un hecho curioso, pero fácilmente verificable, de que Freud mantuvo tres conflictivos puntos de vista acerca de la relación más primitiva del individuo con su medio. El primero de ellos se publicó en “Tres Ensayos sobre la Teoría Sexual” (1905) y permaneció intacto en todas sus ediciones posteriores, aun cuando vale la pena destacar que este libro y “La Interpretación de los Sueños” fueron los únicos que Freud revisó y corrigió con cada nueva publicación, para incluir todos los descubrimientos subsiguientes a la edición previa. Curiosamente este párrafo está en la sección final del tercer y último ensayo, cuyo subtítulo es “Die Objektfindung”, expresión hermosamente concisa que se tradujo, más bien torpemente, al inglés, por “The Finding of an Object” (El hallazgo del objeto).

Freud escribe allí: “Cuando los primeros comienzos de satisfacción sexual están aún ligados a la alimentación, el instinto sexual tiene un objeto sexual fuera del cuerpo del niño representado por el pecho de su madre. Sólo más tarde el instinto pierde este objeto, precisamente, tal vez, cuando el niño es capaz de formarse una idea total de la persona a la que pertenece el órgano que le da satisfacción. Entonces, generalmente, el instinto sexual se hace autoerótico y no se restablece la relación inicial hasta que se ha atravesado el período de latencia. Existen así buenas razones para que el prototipo de toda relación amorosa sea el niño alimentándose del pecho de su madre. Encontrar un objeto es, en realidad, reencontrarlo”.

Quiero hacer dos observaciones acerca de la traducción inglesa, excelente en todo otro aspecto. La última oración, de gran belleza en el alemán: “Die Objectfindung ist eigentlich eine Wiederfindung”, es en inglés, una pálida imagen del vigoroso y categórico original. Aunque no del todo correcta, una traducción más libre —aunque más ajustada a la verdad— sería: “Todo descubrimiento de un objeto es, en realidad, un redescubrimiento”. Mi segunda observación concierne a lo que en la versión de Freud se denomina “anfänglichste Sexaulbefriedigung”. Entonces mucho más enfático que lo que da a entender la traducción:

“los primeros comienzos de satisfacción sexual” tal vez, “los primerísimos comienzos” sea más fiel.

Este pasaje no cambió posteriormente, pero en 1915 Freud agregó al pie de página una nota llamando la atención sobre su descubrimiento de un método adicional para encontrar un objeto, a saber, el objeto narcisista. Puede demostrarse fácilmente que muchos años después de haber introducido su concepto sobre narcisismo, Freud

no intentó reemplazar el concepto de relación objetal primaria por el de narcisismo primario.

Para probarlo, deseo acotar dos párrafos de su obra de esos años. El primero es de la Vigésimoprimer Conferencia de sus “Conferencias Preliminares”, dictadas por última vez en 1916-1917, y publicadas por vez primera en 1917. Freud señala que algunos de los componentes instintivos de la sexualidad, como el sadismo, la escotofilia y la curiosidad, tienen un objeto desde un comienzo. Prosigue: “Otros, más directamente conectados con determinadas zonas erógenas del cuerpo, sólo tienen un objeto al principio, en tanto dependen de funciones no sexuales, y lo dejan cuando se desprenden de éstas”. Aquí se refiere en particular, a los componentes orales del instinto; luego establece que: “El impulso oral se hace autoerótico como lo son el anal y otros impulsos erógenos desde un comienzo. El desarrollo ulterior tiene, en pocas palabras, dos metas; primero: renunciar al autoerotismo, dejar nuevamente el objeto que el niño encuentra en su propio cuerpo, otra vez por un objeto externo; segundo: combinar los distintos objetos de cada uno de los impulsos y reemplazarlos por uno solo” (1).

El otro párrafo proviene de un artículo de Freud publicado en el “Handwörterbuch der Sexualwissenschaft” de M. Marcuse nótese que el párrafo en cuestión está comprendido en el subtítulo “El proceso para encontrar un Objeto”: “Desde el principio el componente oral instintivo se satisface saciando el deseo de comer, y su objeto es el pecho materno. Luego se hace independiente, y al mismo tiempo, autoerótico, es decir, encuentra un objeto en el cuerpo mismo del niño”. Este artículo fue escrito en 1922, poco antes del Congreso de Berlín, el último al que asistiera Freud, donde anunciara sus nuevas ideas acerca de la estructura de la mente que luego se desarrollaron en lo que ahora se llama psicología del Yo. El párrafo citado indica que él no abandonó la idea de una relación de objeto primaria.

Las otras dos teorías acerca de las relaciones más primitivas del individuo con su medio se publicaron por primera vez en ‘Introducción al Narcisismo” (1914), aunque en los años precedentes la teoría anterior tuvo varios precursores (2). En el ensayo de 1914, esta teoría anterior se plantea sin comentarios. En la primera sección de ese ensayo, Freud pregunta: “¿Cuál es la relación entre el narcisismo, del que ahora nos ocupamos, y el autoerotismo, que hemos descrito como un estadio temprano de la libido?”. Responde así a la pregunta: “Debernos suponer, me permito señalar, que una unidad comparable a la del Yo no puede existir desde un comienzo en el individuo; el yo debe desarrollarse. Los instintos autoeróticos están allí, sin embargo, desde el principio; por lo tanto, debe agregarse algo al autoerotismo —una nueva actividad psíquica— para que aparezca el narcisismo

Sabemos por Ernest Jones (3), que la primera ocasión conocida en que Freud haya usado el término “narcisismo”, fue en una reunión de la Asociación Psicoanalítica de Viena, el 10 de noviembre de 1909, en que le dio el significado citado más arriba. Estipuló que: “El narcisismo era un estadio intermedio necesario para pasar del autoerotismo al alo-erotismo”, lo que concuerda con el párrafo contenido en el análisis de Schreber: “Recientes investigaciones han llamado nuestra atención hacia un estadio del desarrollo de la libido, por el que ésta atraviesa desde el autoerotismo hasta el amor objetal. A este estadio se le dio el nombre de narcisismo... Es posible que esta fase intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal, deba ser normalmente indispensable; pero ocurre que muchas personas se detienen demasiado en esta condición, y que conservan muchas de sus características en estadios posteriores de su desarrollo”. Este párrafo, publicado en 1911, es la tercera ocasión en que Freud

utiliza la palabra narcisismo en un trabajo impreso; la segunda fue en el ensayo sobre Leonardo. Más adelante nos referiremos a la primera vez que usara este término.

Aquí discutiré dos puntos. Primero, la descripción de Freud en estos dos párrafos es inequívoca. La forma primitiva de relación entre el individuo y su medio, es el autoerotismo. A ésta sigue la etapa narcisista, con lo que se desarrollan las relaciones objetales. Evidentemente éste es el desarrollo que conduce al tipo de elección objetal que luego describe el ensayo “Acerca del Narcisismo”, como narcisista. Se trata de un desarrollo alternativo o paralelo al descrito anteriormente —en “Tres Ensayos acerca de la Teoría de la Sexualidad” y otros escritos mencionados más arriba—, que empieza con una relación objetal primaria y conduce a esa elección objetal que Freud caracteriza más tarde como anaclítica.

El segundo punto: en los párrafos recién citados, Freud estipula categóricamente que el narcisismo es esencial e inherentemente un fenómeno secundario —una “fase intermedia”—. Repito la significativa frase: “Debe agregarse algo al autoerotismo —una nueva actividad psíquica— para que aparezca el narcisismo”. Nótese que este planteo no tiene comentario alguno. Esto es más sorprendente, pues esta acotación proviene de los dos párrafos que siguen a aquel en que Freud usa por primera vez su famosa metáfora de la ameba: “Así formamos la idea de que hay una catexia libidinosa original del Yo, y que algo de ésta se le da después a los objetos, pero que fundamentalmente persiste y está relacionada con la catexia objetal, tal como una ameba está relacionada con los pseudopodios que emite”.

Es notable que el ensayo “Acerca del Narcisismo”, que introduce esta teoría, no contenga una descripción concisa del narcisismo primario. Sin embargo, es bien sabido que para describir la relación más primitiva del individuo con su medio, el narcisismo primario se hizo teoría estándar, y Freud se refiere frecuentemente a ella en escritos posteriores. Otro punto interesante, es que la teoría no cambió en los restantes veinticinco años de intenso trabajo de Freud. Para probarlo, permitanseme dos citas. Una, de un trozo agregado a la tercera edición de “Tres Ensayos” (1915), que dice: “La libido narcisista o yoica, parece ser el gran depósito de envío y recepción de las catexias objetales; la catexia libidinosa narcisista del Yo es la situación primaria, se verifica en la más tierna infancia, y es encubierta por las manifestaciones posteriores de libido, pero lo esencial es que persiste detrás de ellas”.

El otro párrafo pertenece a “Esquema de Psicoanálisis” (1938-1939); es ésta la última obra de Freud, sin terminar, cuyo segundo capítulo, titulado “La Teoría de los Instintos”, dice:

“Es difícil hablar de la conducta de la libido en el Yo y en el superyo. Todo lo que sabemos acerca de esto se refiere al Yo, que es donde inicialmente se almacena toda la libido. A este estado de cosas lo denominamos narcisismo primario y absoluto.

Así sigue hasta que el Yo comienza a catectar con libido los objetos que se presentan a cambiar la libido narcisista por libido objetal. Por el resto de la vida, el Yo sigue siendo el gran depósito de donde las catexias libidinosas se dirigen a los objetos y a donde vuelven nuevamente, como los pseudopodios de un cuerpo protoplasmático. Únicamente cuando se está completamente enamorado, la mayor parte de la libido se deposita en el objeto y éste toma en parte el papel del Yo” (4). Esta descripción, en las palabras del mismo Freud, es la versión oficial que se enseña en todos los institutos psicoanalíticos del mundo.

## II.— CONTRADICCIONES INHERENTES

Estas tres teorías comprendidas en los términos amor objetal primario, autoerotismo primario y narcisismo primario, son aparentemente contradictorias. A mi saber, Freud nunca discutió esta contradicción por escrito. Por el contrario, las publicaciones hasta 1923 evidencian que él mantenía simultáneamente las tres teorías. Debe asumirse que no las sentía como contradictorias o mutuamente excluyentes.

Antes de discutir este enigmático problema, debiéramos recordarnos que el psicoanálisis, continuando fielmente a Freud, usa la palabra narcisismo para describir dos estados similares, pero en ninguna forma idénticos. Uno de ellos —que Freud llamó narcisismo primario o absoluto— es una hipótesis, no una observación clínica; consideramos que, en un comienzo, toda la libido está almacenada en el yo o en el ello. El otro estado que generalmente se llama simplemente “narcisismo”, aunque debiera con más propiedad denominarse “narcisismo secundario”, puede observarse clínicamente. Define un estado en que una parte, que puede ser grande, de la libido que antes cargaba de catexis los objetos externos, se separa de ellos y carga ahora al Yo —categóricamente no al ello—. Esta distinción será de gran importancia para lo que prosigue.

Freud, sin mencionar la necesidad de resolver las contradicciones inherentes ya mencionadas o la necesidad de reconciliarlas, intentó sintetizar las tres teorías en sus “Conferencias de Introducción al Psicoanálisis” (1917). En la Vigésimasexta Conferencia, cuyo título es: “La Teoría de la Libido: Narcisismo”, escribe: “En estas conferencias he tenido, hasta el momento, muy poca oportunidad de referirme al plan fundamental en el que se basa el curso del impulso amoroso, en la medida en que lo conocernos; tampoco puedo aportar algo ahora. Solamente esto deseo decirles: que la elección del objeto, el paso en el desarrollo de la libido que sucede a la etapa narcisista, se puede hacer en dos sentidos; son éstos: el tipo narcisista, en cuyo caso en vez del Yo, se adopta como objeto alguien que se le parezca en todo lo posible; o el tipo anaclítico (*Anlehnungstypus*). —(Fn.) Este nombre se refiere a la dependencia existente entre los instintos sexuales y los instintos de autoconservación por el objeto primario (o sea, la madre que amamanta), en cuyo caso también son elegidos como objetos de la libido aquellas personas muy apreciadas por haber satisfecho necesidades primarias en la vida”—.

Añado otra cita del mismo capítulo: “De esta manera resulta que el autoerotismo era la actividad sexual cuando las tendencias libidinosas estaban en la etapa narcisista”.

Aquí, sin duda, Freud nos da una teoría aparentemente comprensiva: la fase más primitiva es el narcisismo primario, después se desarrollan todas las demás organizaciones de la libido como fases subsiguientes. A pesar de las ventajas que ofrece esta teoría por ser simple y plausible, no resuelve las contradicciones inherentes mencionadas más arriba; más aún, crea nuevos problemas. Para fundamentar esto, deseo mencionar una nota muy curiosa que agregara Freud al tercer capítulo de Yo y el Ello”, publicado por primera vez en 1923, el mismo año en que reafirmara la naturaleza primaria del amor objetal con su artículo de la Enciclopedia. El título del capítulo es “El yo y el Superyo” y la nota se refiere a la primera parte de este capítulo. Freud describe aquí los cambios que pueden efectuarse en el Yo después que el Ello y no el Yo como postulara en la cita anterior de “Esquema de Psicoanálisis” debió desprenderse de uno de sus objetos amorosos. Estos cambios son introyección e identificación: “Ahora que podemos distinguir entre el Yo y el Ello, debemos ver al Ello como el gran depósito de libido que mencionara en mi ensayo introductorio acerca del

narcisismo. La libido que fluye hacia el Yo gracias a la identificación antes descrita, trae como consecuencia su “narcisismo secundario” (5).

En el capítulo cuarto, Freud reafirma este concepto de manera aún más inequívoca, de ser posible: “Muy en los comienzos toda la libido se acumula en el ello, en tanto que el Yo está aún en proceso de formación o por lo menos, está lejos de ser fuerte. El Ello vierte parte de esta libido en catexias eróticas objetales, en tanto que el Yo, que ya es más fuerte, intenta apropiarse de esta libido objetal y trata de imponerse al ello como objeto amoroso. El narcisismo del Yo es secundario, como puede verse, y se adquiere por retiro de la libido objetal”.

Evidentemente, estos dos párrafos intentan aclarar una situación incierta, a la luz de nuevos descubrimientos. Algo de esto se logra —aunque sólo temporalmente, como ya veremos—, pero simultáneamente crea más problemas y contradicciones. Nos informamos de que el gran depósito de libido es el Ello y no el Yo, como se estipulara previa y subsecuentemente a “El Yo y el Ello”; más aún, de que las catexias libidinosas del Yo, en particular aquellas de sus partes que cambiaron por introyección e identificación, están definitivamente clasificadas como narcisismo secundario, aun si aparecen en las épocas más tempranas de la vida. La próxima pregunta, evidentemente, sería:

¿Hay algún narcisismo primario en el Yo? Curiosamente Freud no se hace esta pregunta aquí.

Entonces, ¿dónde está y cuál es el papel del narcisismo primario? Pueden integrarse estos dos párrafos con la versión habitual, tal como la cita de “Esquema de Psicoanálisis”, de manera que “todo lo que sabemos acerca de (la libido) se refiere al Yo, que es donde inicialmente se almacena toda la libido. ¿A este estado de cosas lo llamamos narcisismo primario y absoluto?”.

James Strachey coloca una nota editorial en “El Yo y el Ello”, donde trata de solucionar esta contradicción, que lleva el título de “El gran Depósito de la Libido” (6). Strachey allí sugiere que, sin darse cuenta, Freud usó el gran depósito de la libido con dos significados distintos: 1) dándole una función similar a la de un tanque de almacenamiento; 2) considerando que actuaba como una fuente de abastecimiento. El primero se referiría evidentemente al Yo, el segundo al Ello. Esta hipótesis, muy plausible, y muy de acuerdo con Freud, solucionaría esta contradicción. Sin embargo, Freud nunca lo pensó, y aun cuando así se definiría al Ello como el origen del narcisismo primario, deja sin resolver qué es lo cargado de catexis por el narcisismo primario. No puede tratarse del Yo; en las etapas iniciales existe el problema de si es que hay un Yo que puede cargarse; tampoco puede tratarse del ello, ya que de esta manera lo que Strachey individualiza como “tanque de almacenamiento” y “fuente de abastecimiento”, quedarían fundidos en uno.

Otra alternativa sería aceptar lo dicho por Hartmann:

“... que Freud, como otros, usó la palabra «yo» en más de un sentido, y no siempre según la mejor definición. Ocasionalmente. . . la palabra «yo» puede reemplazarse por «la persona misma» (one’s own person) o «uno mismo» (the self)” (7).

Hartmann propone a continuación distinguir entre dos significados del Yo, “el que se refiere a las funciones y catexias del Yo como sistema (en contraste con las catexias de otras partes de la personalidad), y el otro que se refiere a las catexias de la persona misma en oposición con las de otras personas (objetos). Pero el término narcisismo fue usado para abarcar las catexias libidinosas tanto del Yo como de uno mismo (self). Este uso originó también esa frecuente formulación de que al comienzo de la vida toda la libido está en el Yo, y una parte de ésta se envía luego para cargar el objeto. En este

caso resulta perfectamente claro de que lo que Freud pensaba es que la catexia de la persona misma precedía a la del objeto; ésta sería razón suficiente por lo menos en ese entonces, para considerar que nada comparable a un yo existía en el momento del nacimiento”. Hartmann saca en conclusión que esto “significaría que, para la definición de narcisismo, la distinción entre la catexis libidinosa de la persona misma en oposición a la de los objetos, es el elemento esencial”.

Hay varias objeciones que oponer a esto, la primera es que se evita el tema por petición de principio. La engorrosa realidad es que nuestra actual teoría de la mente y la teoría del narcisismo primario nos conducen a contradicciones aparentemente insolubles. Hartmann trata de salvar la situación introduciendo un concepto *ad hoc* en vez de examinar lo incorrecto de ambas teorías o, en todo caso, de una de ellas. Para examinar el significado de: “la catexis libidinosa de la persona misma”, debemos definir “la persona misma”. ¿Se trata de la suma total de lo consciente y lo preconsciente? ¿Incluye la totalidad del Yo y del Superyo, o sólo aquellas partes de estas dos instituciones que se consideran conscientes, excluyendo de esta manera el ello?, ¿o debiera también incluirse al ello? En cuyo caso debemos preguntarnos cómo es esto posible, pues nadie tiene acceso consciente al Ello y es difícil darse cuenta de cómo puede sentirse como propio. Me parece justo recalcar que “la persona misma y “uno mismo, son conceptos vagos y nebulosos, como “carácter” y “personalidad”; están mal definidos, son útiles en caso de emergencia, pero probablemente inadmisibles como escapes a una dificultad teórica.

Si aceptamos la nueva terminología, inicialmente propuesta por Hartmann, Kris y Loewenstein, desaparecen muchas, aunque no todas, las contradicciones en la teoría del narcisismo primario. Quedan, sin embargo, dos preguntas en pie: primera, ¿surgen nuevas complicaciones con esta corrección de terminología?; segunda, ¿es que Freud la hubiera aceptado? Ninguna de las dos preguntas es difícil de contestar. Definir el narcisismo como la catexia libidinosa de uno mismo nos forzaría a diferenciar, además de la forma general de self-narcisismo, clases especiales de narcisismo del ello, narcisismo del Yo, y narcisismo del superyo, posiblemente con una variedad de narcisismo primario y secundario en cada caso. Aunque esta división aparentemente precisa puede resultar ventajosa en el futuro —siempre y cuando el self pueda definirse satisfactoriamente como para poder diferenciarlo del Yo, Ello y Superyo—, preveo complicaciones teóricas innecesarias.

La nueva terminología no suprime nuestras dudas clínicas acerca de la naturaleza primaria de cualquiera de estos nuevos tipos de catexia libidinosa. A menos que, no sólo el Anlage sino también algunas partes relevantes del superyo sean filogenéticamente preformadas, su catexia debe derivar secundariamente de las catexias de los objetos introyectados ontogenéticamente, según lo describiera Freud en “El Yo y el Ello”. Si aceptamos con Freud, la conclusión de que el Yo se desarrolla gradualmente por un proceso de maduración, su catexia debe desarrollarse a un paso similar, en otras palabras, no puede ser primaria. Nos queda entonces el narcisismo del Ello como posible estado primario. Debemos comprender, como debe comprender James Strachey sin mayores dificultades, que el Ello es la fuente, incluso el depósito de la libido, pero no es su objeto primario. Siempre se visualizó a la libido como una corriente o un flujo; es difícil concebir que la fuente y la meta de una corriente sean una sola, salvo si la corriente al salir de la fuente cambia de dirección y vuelve a su punto de partida. Sin embargo, esta imagen puede aplicarse solamente a lo que nosotros llamamos narcisismo secundario. De cualquier modo, una corriente sin un escape produciría un aumento de tensión. Tal vez sea esto lo que quería decir Freud cuando escribió: “. . . en el último de los casos, debemos empezar a amar para no

enfermarnos, y caeremos enfermos si, por causa de la frustración, no somos capaces de amar”.

El problema de definir topográficamente la parte del aparato mental cargado por un hipotético narcisismo primario —en contraste con la fuente de toda la libido—, nunca fue resuelto por Freud y, según mi opinión, sólo es dejado de lado sin resolver, por la proposición de Hartmann, Kris y Loewenstein. En verdad, si comparamos los dos párrafos de “El Yo y el Ello” con los dos párrafos citados anteriormente de “Tres Ensayos” y “Esquema de Psicoanálisis”, debemos admitir que la proposición de Hartmann, Kris y Loewenstein parece bien fundada. En este sentido, la aparición del “self” es útil: pone en orden una teoría bastante desprolija. Pero dudamos que pueda hacer otra cosa.

Específicamente, ¿podemos predecir nuevas observaciones clínicas con ella? y ¿puede ayudarnos a explicar fenómenos clínicos bien establecidos que hasta el momento no se han podido explicar? La respuesta a ambas preguntas es negativa. Más aún, la introducción del “self” ni siquiera intenta resolver la importante contradicción cronológica que discutimos en la primera sección de este ensayo.

A pesar de la acerba crítica de Hartmann, Freud nunca fue un escritor descuidado; debía tener alguna razón para volver a la catexia del Yo cada vez que hablaba del narcisismo. Conuerdo con las fuertes dudas de Edoardo Weiss ante la posibilidad de que Freud llegara a aceptar las nuevas proposiciones de Hartmann, Kris y Loewenstein (8). Debe admitirse que Freud nunca aspiró a ser un teórico obsesivo; sin embargo siempre fue un observador clínico impecable; e invariablemente me encontré con que cuanto más cuidadosamente se examinan sus observaciones clínicas, mayor impresión causan su veracidad y profundidad. Mi creencia es que la contradicción interna de la teoría del narcisismo primario no se debe a su uso descuidado o a inhabilidad para ver con claridad y definir con exactitud; sino más bien a que Freud no deseaba abandonar o modificar observaciones clínicas para satisfacer una pulcra teoría. La razón por la que siempre volvía a la catexia del Yo por la libido cuando hablaba de narcisismo, es que esto es lo que se puede observar. Todo lo demás es especulación falsa o plausible, pero no realidades clínicas observables (9).

### **III.— HECHOS CLINICOS ACERCA DEL NARCISISMO**

Sigamos a Freud, quien, en su ensayo “Introducción al Narcisismo”, nos sugiere que “las ideas especulativas o teóricas no son el fundamento de la ciencia en el que descansa todo; el fundamento es la observación pura. No son la base sino el techo de toda la estructura, y pueden reemplazarse y descartarse sin dañarla” (10). En consecuencia, examinemos las observaciones clínicas en las que Freud basara la existencia del narcisismo en su ensayo de 1914. Los defensores de la teoría dirán primero, como Freud, que las observaciones clínicas no pueden probar o reprobar el narcisismo primario, que es sólo una teoría. Entonces, como Freud, darán observaciones clínicas que hagan aceptable la teoría. Mi intención en este capítulo es mostrar que las observaciones en las que Freud y después de él, los teóricos, basaron la hipótesis del narcisismo primario, prueban solamente la existencia del narcisismo secundario. Puede adaptarse a ellas una teoría del narcisismo primario, pero no puede deducirse de las mismas.

En su ensayo “Introducción al Narcisismo”, Freud enumera cinco factores clínicos en los que basara su teoría del narcisismo, aunque en rigor fueron ocho sus argumentos. Menciona primero el estudio de la esquizofrenia y la homosexualidad, luego prosigue: “Otros tipos de enfoque. . . por los que podemos obtener, un mejor

conocimiento del narcisismo (son) el estudio de enfermedades orgánicas, de la hipocondría y de la vida erótica de los sexos”. Los otros tres factores que no menciona aquí, pero que usara en su argumentación, son: 1) las diversas sobrevaloraciones psicóticas y normales del self y del objeto; 2) el sueño; 3) observaciones de niños e infantes. En el caso de enfermedades orgánicas y de hipocondría, no hay duda de que nos enfrentamos con el narcisismo secundario, es decir, con libido extraída de objetos; pero ¿qué hay de las demás observaciones clínicas?

Comenzaré con observaciones referentes a la homosexualidad y la vida erótica de los dos sexos. Después de referirse a su teoría acerca de “El hallazgo de objeto” en los “Tres Ensayos”, Freud continúa: “Lado a lado, sin embargo, con este tipo y fuente de elección objetal que puede llamarse de tipo «anaclítico» o de «fijación», la investigación psicoanalítica reveló un segundo tipo, que no esperábamos encontrar. Descubrimos, muy claramente en las personas cuyo desarrollo libidinoso sufrió algún trastorno, como los perversos y homosexuales, que en su posterior elección de objetos libidinosos tomaron como modelo no a su madre, sino a sí mismos”. Por esto se refiere al tipo narcisista de elección objetal. Termina el párrafo: “Con esta observación tenemos la razón más importante que nos lleva a adoptar la hipótesis del narcisismo”.

¿A qué tipo de narcisismo se refiere Freud aquí? La frase subrayada, sugiere que se trata de narcisismo secundario. Esto concuerda con la suposición de que cuando Freud describe el tipo anaclítico, cita el desarrollo que puede llamarse normal, en tanto que al describir el tipo narcisista, menciona casos severamente patológicos. Si se acepta el narcisismo primario como etapa del desarrollo normal, es extraño que ningún tipo normal parezca derivarse de él.

Otro argumento en favor de mi tesis, de que el tipo narcisista de elección objetal depende del narcisismo secundario y no del primario, puede encontrarse en el histórico pasaje en que Freud publicara la palabra “narcisismo” por primera vez. Se trata de una nota al pie de página en los “Tres Ensayos” (1910):

En todos los casos que examinamos, establecimos el hecho de que los futuros homosexuales, en los primeros años de su infancia, pasan por una fase de fijación muy intensa, aunque breve, a una mujer (habitualmente su madre), y que, habiendo pasado esto, se identifican con una mujer y se eligen como objeto sexual. Es decir, proceden de una base narcisista y buscan un joven que se les parezca y a quien ellos puedan amar como sus madres los amara a ellos”. Esto, ciertamente, es una afirmación categórica; más aún, se basa en observaciones clínicas que fueron confirmadas por todo aquel que analizara homosexuales. Constituye el argumento más fuerte en favor de la naturaleza secundaria del tipo narcisista de elección objetal.

Freud usa extensamente otro grupo de observaciones clínicas, aunque no fuera mencionado explícitamente en la numeración, para probar la existencia del narcisismo. Este grupo comprende toda clase de sobrevaloraciones irreales, desde la megalomanía psicótica por sobrevaloración de uno mismo y de sus objetos libidinosos, hasta la idealización. En cada caso de sobre-valoración de un objeto externo, es evidente que la primera catexis es por libido objetal que puede reforzarse secundariamente con libido narcisista, lo que no es ciertamente un argumento “prima facie” en favor del narcisismo primario. El caso de la naturaleza secundaria del narcisismo en la megalomanía psicótica, es aún más fuerte. Análogamente es fácil demostrar que la formación del ideal del yo, en rigor cualquiera idealización, depende del narcisismo secundario (11). Cualquier ideal comienza por la internalización de algo derivado de y modelado en objetos externos, habitualmente figuras parentales. Esta construcción se llama introyección. Debemos admitir que se introyectan sólo los objetos externos importantes, aquellos que fueron fuertemente cargados de libido.

Muy relacionada con la idealización está la sobrevaloración de uno mismo que puede observarse entre la gente primitiva y entre los niños, lo que en la teoría analítica se suele llamar “omnipotencia”. A veces esta palabra se atenúa explícitamente con adjetivos como “ilusoria” o “alucinatoria”, pero este significado queda siempre e invariablemente implícito cuando quiera que se use la palabra omnipotencia. De por sí, esto sugiere que esta auténtica observación clínica es de naturaleza secundaria, es decir, subsiguiente a la frustración. Si los adultos, o en este caso los niños, que exhiben actitudes omnipotentes se analizan, la omnipotencia se revela invariablemente como un desesperado intento de defenderse contra una sofocante sensación de impotencia. Por lo que yo sé, los datos antropológicos acerca de la gente primitiva están de acuerdo con esta explicación. Como nuestro conocimiento acerca de la omnipotencia infantil se basa principalmente en extrapolaciones de hechos observados en adultos o niños mayores, creo que no pueden usarse sin otras pruebas en favor de la existencia del narcisismo primario. Son evidencia solamente de la existencia del narcisismo secundario.

El siguiente fenómeno clínico que aduce Freud para probar la existencia del narcisismo es el sueño, que notablemente, no incluyera en la enumeración citada más arriba. A él se refiere, aparentemente como idea tardía, al final de su discusión de los cambios en la distribución de la libido en el curso de enfermedades orgánicas. Allí dice: “En ambos estados tenemos, aunque más no sea, ejemplos de cambios en la distribución de la libido que son consecuentes al cambio en el yo”. Esta descripción clínica impecable sugiere que estos estados narcisistas son de naturaleza secundaria.

Tanto desde el punto de vista biológico como del psicológico, el sueño muestra incuestionablemente una cantidad de características primitivas. Desde que se editara “La Interpretación de los Sueños”, fue éste uno de los ejemplos de regresión citado con más frecuencia. Frecuentemente se argumentó que el sueño, especialmente si es profundo y sin imágenes, debiera considerarse una de las aproximaciones más cercanas de un individuo normal, al hipotético estado de narcisismo primario; el otro ejemplo sería el estado prenatal. Freud, Ferenczi y muchos otros, notaron que ambos estados exhiben tantas características similares que en conjunto constituyen un argumento imponente.

Aunque nadie puede rebatir la naturaleza regresiva del sueño, cabe preguntarse: ¿cuál es el punto de fijación al que la persona dormida desea aproximarse? El narcisismo primario es una respuesta. Pero, ¿es ésta la única posibilidad? Mi respuesta es una cita de un libro muy interesante y estimulante, pero lamentablemente dejado de lado y casi olvidado; el primer párrafo de un capítulo titulado “El Coito y el Sueño”: “Ya nos referimos con demasiada frecuencia e insistencia a la extensa analogía entre los impulsos que se canalizan en el coito y en el sueño como para poder retroceder ahora ante la tarea de examinar algo más de cerca estas dos adaptaciones tan significativas biológicamente, sus similitudes y sus diferencias. En mis «Etapas del Desarrollo de la Noción de Realidad», el primer sueño del recién nacido —al que contribuyen el cuidadoso aislamiento, la cálida protección de la madre o de la niñera— se describió como una réplica del estado intrauterino. El bebé, asustado, llorando, sacudido por la traumática experiencia del nacimiento, pronto se sume en un estado de sueño que le crea la sensación —con una base real por un lado y alucinatoria, o sea, ilusoria, por el otro— de que ese tremendo shock nunca ocurrió. Freud (Conferencias Preliminares) dijo que estrictamente hablando el ser humano no ha nacido completamente; no nació del todo, puesto que yendo todas las noches a la cama gasta, por así decirlo, la mitad de su vida en el seno materno” (12).

Aparentemente, el orgasmo en el coito y el dormirse, pueden lograrse sólo si se establece un estado de armonía o, por lo menos, de paz entre el individuo y su medio. Una de las condiciones para el estado de paz, es que el medio logre proteger al individuo de cualquier estimulación del exterior, impidiendo la intrusión de estímulos innecesariamente excitantes o perturbantes. En consonancia con esto, tenemos como hecho clínico que uno de los primeros síntomas de insatisfacción sexual es la falta de sueño. Así, el punto al que la persona dormida trata de aproximarse en su regresión no parece ser el narcisismo primario, sino un tipo primitivo de paz con el medio en el que para usar una expresión moderna, el medio “contiene” al individuo.

De la extensa literatura existente sobre el sueño, citaré a Mark Kanzer, cuyas observaciones son de mucha importancia para el tópico en discusión. Dice: “Quedar dormido no es simplemente una regresión narcisista., la persona dormida no está realmente sola, sino que «duerme con» su buen objeto introyectado. Esto se evidencia en los hábitos de las personas que duermen —las exigencias físicas que tiene el niño por sus padres, el adulto por su compañera sexual, y el neurótico por luz, juguetes y rituales—, como condiciones preliminares para el ir a dormir”. Kanzer enumera algunos rituales introyectivos de los adultos, como el comer, beber, tragar píldoras, bañarse; entre los niños: la exigencia de que los atiendan, acunen, que les canten. Y la pantalla del sueño de Bertram Lewin se iguala a la pareja del sueño. Kanzer resume así: “El sueño no es un fenómeno de narcisismo primario sino más bien secundario, por lo menos después de la primera infancia, y la persona que duerme comparte sus sueños con un objeto introyectado” (13).

Así el sueño, que al principio fuera un argumento tan imponente en favor de la existencia del narcisismo primario, se torna dudoso. Ciertamente, el individuo se retrae del mundo de los objetos cuando se duerme y está, según todas las apariencias, solo. La retracción y la soledad que se interpretaran como narcisismo revelaron en un examen más detenido, que la verdadera intención del que duerme es escapar de las tensiones que le producen sus relaciones habituales y retomar una forma más primitiva y satisfactoria de relación con objetos cuyos intereses fueran idénticos a los suyos. Ejemplos de tales objetos, son las confortables camas almohadas, casas, habitaciones, libros, flores, juguetes y objetos transicionales (14). Son representantes o símbolos de objetos internos, quienes, a su vez, derivan de los contactos iniciales con el medio, los alimentos satisfactorios, envolturas suaves y cálidas, la seguridad de la madre que los lleva en brazos y los mima, el acunamiento y las canciones. Las observaciones citadas muestran que la regresión del que duerme es frente a este mundo y no frente al narcisismo primario, donde no existe medio alguno con el que se pueda relacionar.

#### **IV.— ESQUIZOFRENIA Y ESTADOS RELACIONADOS**

La penúltima observación clínica que ofreciera Freud para justificar la introducción del narcisismo es la regresión esquizofrénica. Todos concuerdan en que los esquizofrénicos retiran su interés del mundo exterior —en todo caso ésta es la impresión que dan—. Cuando discutía la dinámica de la regresión esquizofrénica, Freud iniciaba sus argumentos invariablemente así: “La libido que se libera por frustración no permanece ligada a los objetos en la fantasía, sino que se retira hacia el yo”. Esta fórmula se repetía cada vez que Freud iniciaba el problema de la esquizofrenia. Pocos años después que se introdujera el concepto de narcisismo, apareció otra frase que con mucha frecuencia acompañara a la que acabamos de citar. En las “Conferencias Preliminares”, Freud discute los puntos de fijación a los que regresan las diversas neurosis y afirma que en la esquizofrenia es “.... probablemente (al) estado de

narcisismo primario (al que) finalmente retorna la *dementia praecox*". Este es un planteo teórico; más aún, padece de todas las contradicciones inherentes a la teoría del narcisismo primario. ¿Cuáles son las observaciones clínicas?

Las opiniones divergen en lo que respecta a si los esquizofrénicos pueden o no mejorar radicalmente con psicoanálisis, pero hay consentimiento general en cuanto a que el psicoanálisis no les es inaccesible, con tal que la técnica analítica estándar se modifique considerablemente como para aplicarla a su tratamiento. Dicho en términos teóricos, esta experiencia clínica bien establecida significa: a) que la impresión de que los esquizofrénicos se retiran del mundo exterior es sólo parcialmente verdadera; se retiran del mundo de las relaciones normales (15), pero b) son capaces de otro tipo de relación que todas las modificaciones de la técnica intentan proporcionar.

No pude rever la abundante literatura sobre este tema, pero alcanzará una observación: que este tipo de relación, o técnica, requiere del analista mucho más que la técnica estándar. Esto no significa que el analista debe satisfacer inmediata e incondicionalmente todas las necesidades del paciente, sino que debe demostrar ser capaz de entender al paciente y de trabajar armónicamente con él.

Esto es cierto para todos los pacientes regresivos, incluyendo a los esquizofrénicos. Todos ellos parecen ser muy sensibles al estado de ánimo del analista, y cuanto más regresivo es el paciente, más sensitivo se torna. Lo que un paciente normal o neurótico ni siquiera notaría, habitualmente afecta, o más correctamente, perturba profundamente al paciente regresivo. Para evitar esta perturbación, el analista debe estar "a tono" con su paciente. En tanto esto se logra, el trabajo analítico adelanta firmemente, comparable a un crecimiento constante; pero si no puede permanecer "a tono", el paciente puede reaccionar con ansiedad, con síntomas agresivos sumamente ruidosos o con desesperación.

Esta "armonía" o "estar a tono", deben incluir toda la vida del paciente regresivo, no meramente su relación con el analista. Por la naturaleza de la situación analítica, esta armonía puede mantenerse sólo por cortos períodos: periódicamente el analista debe desprenderse del paciente para rever la situación "objetivamente" y tal vez dar una muy meditada interpretación. Por lo general, estos pacientes pueden soportar relaciones con objetos externos reales sólo durante breves períodos; consecuentemente estos períodos deben ahorrarse para el trabajo analítico. Si el medio, es decir, la vida diaria, exige demasiado del paciente, gran parte de la libido disponible le será extraída y no quedará bastante para el analista. Lo cual origina las exigencias, a veces exageradas, de analistas a cargo de esta clase de pacientes de que el medio debiera "acompañar" completamente al paciente, "sostenerlo", para que el paciente pueda concentrar toda su libido restante en una relación objetal terapéutica, más definida con su analista.

Cuando se comprende la importancia de esta condición, entendemos por qué tantos informes sobre tratamientos de esquizofrénicos terminan con melancólicos párrafos como éstos: "En este punto y debido a circunstancias externas, debió interrumpirse el tratamiento"; o "Desafortunadamente los parientes intervinieron y el tratamiento debió abandonarse".

Un aspecto teórico de esta condición de "armonía" es la "madre esquizofrenizante" que no pudo mantener un estado de armonía con su niño. Un sabio y experto clínico escribe: "Estas madres aman no sólo excesiva sino condicionalmente a sus hijos que se hacen esquizofrénicos. La condición para su amor es tal, que el niño esquizofrénico no puede satisfacerla... Estas madres ven sólo la capa externa normal de los niños y son impermeables a cualquier impresión de lo que sucede dentro de ellos (16). Una descripción clínica muy interesante de la importancia de este medio armonioso para el

tratamiento de los esquizofrénicos, aparece en un libro de Stanton y Schwartz (17), donde se muestra de manera muy convincente que cualquier desarmonía en el medio, es decir, entre los diversos miembros del equipo al que concierne el tratamiento del paciente, hace que se deteriore su condición.

Sucede entonces que la bien establecida observación clínica de la retracción del esquizofrénico, no puede usarse como prueba de un estado narcisista primario. En realidad, sería más correcto decir que el esquizofrénico está mucho más ligado y depende mucho más de su medio, que el supuestamente normal o neurótico. Ciertamente, una observación superficial de su conducta no revela esta estrecha ligazón y esta desesperada dependencia; por el contrario, crea la impresión de retracción y de ausencia de cualquier contacto. Con respecto a esto, la regresión esquizofrénica puede ser una contraparte de la fase fetal o infantil, en las que encontramos también la misma condición; una apariencia externa de independencia narcisística, de no conocer el mundo exterior, de contactos fugaces y aparentemente inimportantes con objetos parciales; todo esto, según demostrara la investigación moderna —como en la investigación de Spitz (18) acerca de los efectos de la privación temprana— oculta débilmente una desesperada dependencia y una gran necesidad de armonía. Habiendo discutido las curiosas contradicciones en la actitud de los esquizofrénicos hacia su medio, podemos añadir que esto es sólo un exagerado ejemplo de las actitudes que se encuentran generalmente entre la gente narcisista. Aunque su interés se centra en su yo —o su “self”, usando el término de Hartmann— y aunque aparentemente tienen muy poco amor que dar a la gente, de ningún modo son seguros e independientes; no pueden describirse ni como estables, o moderados o capaces de bastarse a sí mismos. Por lo general son muy sensibles a cualquier falla que pueda tener el medio en tratarlos como esperaban ser tratados; se ofenden y se sienten lastimados fácilmente; y las ofensas perduran mucho.

La gente narcisista es rara vez capaz de vivir sola. Por lo general viven junto con un doble que han separado de sí mismos, según los modelos de parejas tan famosas como Fausto y Mefistófeles, Don Quijote y Sancho Panza, Don Juan y Leporello. En todos estos casos —como se señalara muchas veces en la literatura analítica desde Otto Rank (19) hasta Helene Deutsch (20)—, el compañero tan deslucido y falto de narcisismo, que es capaz de amor objetal, es el realmente independiente de los azares de la vida diaria y el que puede habérsela con ellos es el compañero sin cuya ayuda y servicios el deslumbrante y aparentemente independiente compañero narcisista, perecería miserablemente. En la vida real, el deslucido compañero es muy frecuentemente la propia madre del héroe narcisista.

Hemos llegado a la conclusión de que los hombres y mujeres verdaderamente narcisistas en realidad fingen. Dependen desesperadamente de su medio; su narcisismo puede preservarse sólo con la condición de que su medio esté dispuesto o se vea forzado a cuidarlos. Esto es cierto en general, desde el más grande de los dictadores hasta el más pobre de los catatónicos.

Una buena oportunidad para observar los cambios desde una relación objetal adulta al narcisismo, luego a este tipo de relación primitiva y de vuelta en una sucesión bastante rápida, nos lo provee el análisis de alcohólicos, especialmente los bebedores periódicos. Sus relaciones objetales, aunque habitualmente bastante intensas, son tambaleantes e inestables. Como consecuencia, estas personas pierden fácilmente su equilibrio, y la causa más común suele ser un choque de intereses entre ellos mismos y uno de sus objetos amorosos importantes. Este choque se les hace insuperable y se sienten completamente incapaces de remediar la situación; es entonces cuando retiran

prácticamente toda su libido objetal. Nadie importa ya, sólo su narcisismo. Por un lado sienten ser el centro de toda la atención tanto amistosa como hostil, por el otro, se sienten completamente desdichados y relegados al olvido.

Habitualmente es en este estado cuando empiezan a beber, aunque por supuesto puede haber otros precipitantes. Cualquiera sea la causa, el primer efecto de la intoxicación es invariablemente la aparición de una sensación de que todo anda bien entre ellos y su medio. En mi experiencia, el anhelo por esta sensación de armonía es la causa más importante del alcoholismo o, en este respecto, de cualquier otra forma de adicción. En este punto se imponen todo tipo de procesos secundarios que amenazan la armonía, y el alcohólico desesperado bebe cada vez más para mantener o al menos rescatar algo de ella.

Una característica sumamente importante de este estado de armonía que rodea al bebedor intoxicado, es que en este mundo no hay gente como objeto de amor o de odio, especialmente no hay gente u objetos exigentes. La armonía puede mantenerse sólo en tanto el bebedor es capaz de desembarazarse de cualquier cosa o persona que pudiera exigirle algo; muchos bebedores periódicos se encierran y beben solos o escapan del mundo familiar de objetos y gente, y buscan un medio con el que no han tenido contacto previo, que nada puede reclamarles, especialmente ningún compromiso libidinoso perdurable. Una impresionante realización acerca de estos dos mundos —el normal con compromisos libidinosos perdurables y el borracho con catexis fugaces solamente—, se nos presenta en “Luces de la Ciudad” película de Chaplin. La gente de este nuevo mundo debe ser tolerada en tanto es amable y amistosa; la más leve crítica o choque de intereses, provoca reacciones violentas en el bebedor, con su desesperada necesidad de mantener armonía en el mundo creado por el alcohol.

El concepto medular de la exposición en esta sección (IV), es que los esquizofrénicos —contrariamente a las expectativas teóricas— son capaces, aun en sus estadios más regresivos, de responder a su medio y son de esta manera accesibles a una terapia analítica. Sin embargo, su respuesta es tenue y precaria, por su urgente necesidad de relaciones armoniosas. Esto sugiere que su retracción narcisística es secundaria, subsiguiente a la frustración. Los otros estados brevemente revistados en esta sección —alcoholismo, estados narcisistas o profundamente perturbados—, presentan el mismo esquema; en todas partes existe la misma primitiva necesidad de armonía la frustración debida a la ingente exigencia de la pareja en general o del analista en particular, y la retracción en el narcisismo secundario.

## **V.— ESTADIOS PRENATALES Y POSTNATALES TEMPRANOS**

Tras haber revisado los hechos clínicos que usara Freud por apoyar la introducción al concepto, narcisismo, nos quedamos frente a la conclusión de que salvo dos, todos los restantes eran casos definidos de narcisismo secundario. Encontramos sólo dos fenómenos que no podían explicarse puramente con la base del narcisismo secundario: los estadios regresivos en la esquizofrenia y el sueño profundo y sin imágenes. Sin embargo, aun en estas circunstancias sucedía que el punto de fijación hacia el que tendía la regresión no era necesariamente el narcisismo primario, sino una forma muy primitiva de relación en la que era intensamente cargado un medio probablemente indiferenciado.

No debemos olvidar, sin embargo, que Freud, el clínico, predijo correctamente esta dificultad estableciendo en 1914 que el narcisismo primario de los niños que nosotros hemos supuesto y que forma uno de los postulados de nuestras teorías de la libido, es más difícil de asir por observación directa que de confirmar por inferencias de otros

lados”. Freud, el teórico, es optimista y sigue adelante con sus construcciones, en tanto que el clínico es, como mínimo, precavido si no escéptico.

En este párrafo, Freud habla del narcisismo primario de los niños, en tanto que predominantes teorías analíticas nos obligan a considerar el narcisismo primario en el estadio prenatal. Esta tendencia a antedatar es bastante general en la teoría analítica. Si una suposición resulta incompatible con la observación clínica, en vez de rechazarla por ser insostenible o, en todo caso, de reexaminarla, se antedata para referirla a fases aún más tempranas del desarrollo, tan tempranas como para estar fuera del alcance de cualquier observación clínica. Discutiré principalmente las ideas de Greenacre relacionadas con este tópico, por ser una reconocida autoridad en el campo y por haber escrito extensamente al respecto (21). Para simplificar, he agrupado las siguientes ideas: 1) las relacionadas con la vida fetal misma; 2) las relacionadas con los cambios producidos por el nacimiento; y 3) las relacionadas con la fase más temprana de la vida extrauterina.

Greenacre dice: “Desde un punto de vista biológico, el narcisismo puede definirse como el componente libidinoso del crecimiento”. Siguiendo a Freud, dice después: “El narcisismo es coincidente con toda la vida.., la libido narcisística se encuentra, en rigor, dondequiera que haya un átomo de vida”; o, más específicamente, “En el feto el narcisismo se reduce a los términos más simples, por ser casi o totalmente carentes de contenido psíquico”.

En tanto que las afirmaciones de Greenacre son plausibles y tienen sentido como totalidad, descansan sobre suposiciones que no pueden probarse o reprobarse por la observación.

Cree —y muchos analistas concuerdan con ella— que afirmaciones de este tipo son extrapolaciones justificables de diversas observaciones clínicas y biológicas, aunque estaría indudablemente de acuerdo con que sólo tenemos impresiones e ideas vagas, pero no hechos sólidos acerca de la distribución de la libido en la vida intrauterina, en “el componente libidinoso del crecimiento” o en “el narcisismo carente de contenido psíquico”. Sé que es bastante injusto para un autor que se usen frases aisladas y fuera de un contexto, pero agregó que usar frases de este tipo sin establecer inequívocamente que no pretenden describir descubrimientos clínicos sino que son meras especulaciones, es injusto para el lector.

En su libro, Greenacre nos da una excelente descripción de las fantasías que usa la gente para expresar sus sentimientos acerca, o posiblemente “recuerdos”, del nacimiento, que puede sentirse como, por ejemplo, “un puente entre un modo de existencia y otro. ... un quiasma... un hiato... una especie de apagón muy parecido a la muerte”, etc.

Greenacre concluye que las experiencias del nacimiento comprenden posiblemente todas estas fantasías como factores sobre-determinantes, pero tal vez su característica fundamental es el cambio precipitado, pero logrado de un modo de vida a otra. Escribe: “Puedo sólo pensar que las perturbaciones de la tosca economía de la libido narcisista fetal que ocurre en el nacimiento, es simplemente esto: cierta transición de la más completa dependencia en la vida intrauterina a los mismos comienzos de la individualidad, al menos a la casi dependencia fuera del cuerpo materno en vez de la completa dependencia adentro”.

Repite lo dicho por Freud, de que las experiencias durante el nacimiento parecen organizar un modelo de ansiedad del individuo, y agrega: “En tanto el establecimiento de modelos de ansiedad sea una protección contra el peligro, la organización de

formas narcisistas es un instrumento de decidido ataque, una tendencia propulsora agresiva

Todas estas descripciones pueden interpretarse, con alguna dificultad, como posibles indicadores de un estadio de narcisismo primario, y es así como los usa Greenacre. En mi opinión, sin embargo, pueden interpretarse —sin excederse— como argumento más bien fuerte en favor de la suposición de una interacción temprana, intensa, entre el feto-bebé y su medio. El nacimiento significa una repentina interrupción de una relación hasta ese momento gratificante con un medio en el que, es cierto, aún no hay objetos, lo que es una especie de “océano” inestructurado.

Deseo señalar que todas las descripciones clínicas de Greenacre que se refieren a los efectos de los acontecimientos postnatales, pueden considerarse como argumentos acerca de la naturaleza secundaria del narcisismo, como subsiguientes a la frustración que produce el medio. Para demostrar esto, cito un párrafo de su ensayo “Modelamiento Pregonal”: “Volviendo al tema del narcisismo primario incrementado por causa de sobreestímulos repetidos, y tempranos en el infante, este incremento implica una prolongación y una mayor intensidad en la tendencia a una identificación primaria, como ya destacáramos, con una capacidad incrementada para responder y para registrar estímulos” (22).

La infancia temprana se describe a menudo como un estado indiferenciado en el que aún no hay un límite interpuesto entre el individuo y el medio. Una descripción alternativa, o paralela, establece que la temprana infancia es la fase del narcisismo primario y de la identificación primaria. Desearía señalar —siempre y cuando “identificación” conserva su significado habitual— que existe una contradicción lógica en captar la coexistencia de estos dos estados. Como mencionara más arriba, Freud entendía perfectamente este hecho y lo discutió en el Capítulo III del “Yo y el Ello”. Cualquier identificación en el sentido usual, significa un cambio en el yo bajo la influencia de algún objeto externo o de alguna parte del medio que estaba previamente intensamente cargada. Aun la primerísima identificación se realiza con algo fuera del individuo; para producir un cambio en el yo, de acuerdo con cualquier modelo externo, este modelo debe significar mucho para el individuo. De manera que mi argumento es que no puede haber identificación primaria alguna. Todas las identificaciones, por definición, deben ser secundarias a algún objeto o catexis ambiental. Se deduce, en consecuencia que el narcisismo primario y la identificación primaria, no pueden existir simultáneamente, si es que existen.

Otro argumento frecuente en favor del narcisismo primario, es que el infante en sus primeros días no puede captar el mundo exterior. Como no hay mundo exterior que pueda ser cargado, debe pensarse que vive en el narcisismo primario. Si este argumento está en conflicto con hechos observables, se lo atenúa frecuentemente; el niño se duerme y está así “fuera” de la influencia del mundo, o si está despierto debe suponerse —como lo hace W. Hoffer, por ejemplo— “que el medio-madre asiste al niño en su narcisismo primario de manera que aún no hay yo, no hay idea de peligro, ansiedad o defensa... (Así) lo que se necesita es un sostén para mantener el estado de narcisismo primario, un equivalente de las cualidades de sostén de la madre prenatal”(23).

En el mismo ensayo, Hoffer dice que Freud podría haberse visto influido en sus teorías acerca de los estados tempranos por el tipo de cuidados que se les daba a los niños en su época, o sea, los fajaban. Las fajas, según Hoffer, “actúan como corteza narcisista para el desarrollo del yo”, pues los niños están protegidos de la estimulación externa y en consecuencia sus relaciones objetales se ven posiblemente retardadas. “Al quitar las fajas, el narcisismo primario del bebé también se ve en peligro: no

realmente, por supuesto, sino sólo para el observador que empezó a ver las relaciones objetales que sobrecargaban al narcisismo primario”; y agrega: “me pregunto. . . si no proclamamos como progreso en la ciencia psicoanalítica lo que en realidad es una adaptación de nuestras teorías a las condiciones (es decir, los hábitos de crianza) que predominan en el presente”.

Todos estos argumentos hacen poco más que cometer petición de principio. Primero se decreta que existe un estado de narcisismo primario y para no violar este decreto se establece además: a) que el medio-madre debe “sostener” al bebé para proteger el estado de narcisismo primario; b) que el bebé no debe notar ningún cambio en esta tenencia”; y c) que cualquier relación que se pueda observar con el medio, y cualquier res-

puesta que se pueda observar ante un cambio en la tenencia” (ausencia de fajas), debe dejarse de lado por ser falsa; de otro modo, toda la estructura teórica se desmorona.

Creo que sería mucho más sencillo aceptar la idea de que la relación con el medio existe en una forma primitiva directamente desde un principio y que el bebé puede notar o responder a cualquier cambio considerable en aquél. Esto significaría, sin embargo, usando el argumento de Hoffer, que la teoría del narcisismo primario se basó principalmente en las experiencias realizadas en bebés tratados rígidamente, firmemente fajados con una rutina de crianza también rígida, etc., los que en consecuencia fueron forzados en una fase demasiado temprana a desarrollar un narcisismo secundario, principalmente por una relación seriamente perturbada con su medio.

## **VI.— AMOR PRIMARIO**

La suposición del narcisismo primario, aunque nos ofrece una teoría límpida, prolija y lógica, nos llevó a contradicciones e incertidumbres insolubles. En nuestras consideraciones teóricas, podemos señalar como fuente de la libido al Ello, pero resultó imposible ubicar topográficamente tanto “el gran depósito de la libido” como el punto de anclaje del narcisismo primario. Las diversas descripciones de Freud son inconsistentes y contradictorias, y las nuevas proposiciones de Hartmann, Kris y Loewenstein, y las de James Strachey, en tanto resuelven algunos problemas crean otros nuevos. La otra contradicción insoluble es la ubicación en el tiempo; la relación objetal primaria, el autoerotismo primario, el narcisismo primario, todos por turno fueron descritos en forma igualmente categórica (Freud fue el primero), como la forma más primitiva de la relación del individuo con su medio.

Ante este rompecabezas, la teoría analítica recurrió a ubicar las funciones primarias más lejos en el tiempo. En tanto que Freud hablaba del narcisismo primario en los niños, la teoría moderna encontró que era necesario atribuir el narcisismo primario al feto. Yo intenté demostrar que lo que se obtiene con este intento es una “teoría de la valija”; se saca de ella sólo lo que se ha puesto.

En todos los cuarenta y cinco años que pasaron desde que se introdujera el narcisismo, no se han descrito observaciones clínicas que prueben la existencia o aceptabilidad del narcisismo primario, lo que es un hecho histórico sumamente sugestivo. En tanto la literatura acerca del narcisismo primario es escasa y difícilmente va más allá de repetir los diversos planteos y sugerencias que hiciera Freud, la literatura acerca del narcisismo secundario es muy rica y se basa en excelentes observaciones clínicas.

Una buena teoría debe poseer por lo menos algunas de las siguientes cualidades: 1) Debe estar libre de contradicciones inherentes. La teoría del narcisismo primario fallaba en este sentido desde su concepción, y los repetidos intentos de remediar el error, han fallado. 2) Debe presentar una estructura estética que permita la integración de observaciones dispersas, de manera que cada una de ellas pueda entenderse mejor. La teoría del narcisismo primario no lo logra. 3) Con la base de una teoría debiera poder hacerse predicciones, sacar conclusiones o inferencias capaces de verificación o de refutación. La teoría del narcisismo primario condujo solamente a mayores especulaciones teóricas que estaban más allá de toda verificación o. en un caso (la inaccesibilidad de los esquizofrénicos al tratamiento analítico) resultó no ser cierta.

Mi posición alternativa está en dos partes. Primero, puesto que se probó que la teoría del narcisismo primario es auto-contradictoria e improductiva, no veo razón alguna para aferrarse a ella. Segundo, las experiencias clínicas con pacientes debieran emplearse para construir una nueva teoría que pudiera reemplazar a la del narcisismo primario, teoría que fuera más adecuada para la verificación o la refutación por observación directa. Los que conocen mis escritos habrán anticipado que lo que propongo es una teoría acerca de la relación primaria con el medio: en dos palabras, el amor primario.

Para evitar cualquier posible mala interpretación, deseo señalar que por llamar a mi teoría amor primario, no significa que yo crea que el sadismo y el odio no tienen un lugar en la vida humana. Sí, creo que son fenómenos secundarios, consecuencias de la inevitable frustración. La meta de todas las tendencias humanas es establecer —o probablemente reestablecer— una completa armonía con el medio propio y poder amar en paz. En tanto que el sadismo y el odio son incompatibles con este deseo, la agresividad, tal vez la violencia, pueden usarse y aun disfrutarse bien dentro de las etapas que preceden la deseada armonía, pero no dentro del estado de armonía en sí. Estas son las razones principales que hicieron que llamara amor primario a mi teoría. *A fortiori fiat denominatio*.

Aunque esta teoría significó muchos años de experiencia clínica para tomar su actual forma —informé de mis primeras formulaciones y tentativas en 1932—, la presentaré aquí, en homenaje a la brevedad, en forma apodíctica, tanto más por cuanto fue recientemente discutida en forma extensa (24).

De acuerdo con la teoría del narcisismo primario, el individuo nace teniendo muy poca o ninguna relación con su medio. En este mundo existe un solo objeto, el self, el yo o el ello, según el caso, y toda la libido se concentra en uno o en los tres. Empezando con hechos biológicos, sabemos que la dependencia del feto por su medio es extrema, ciertamente más intensa que la del bebé o la de un adulto. Consecuentemente es esencial que para su bienestar y desarrollo ordenado, el medio deba en todo momento aproximarse lo más que pueda a las necesidades fetales. A grandes discrepancias entre la necesidad y el abastecimiento, seguirán severas repercusiones y aun el peligro de muerte.

Si tomamos esta situación biológica como modelo para la distribución de la libido en la vida fetal, debemos suponer que las catexis del feto en su medio deben ser muy intensas —mucho más intensas que las del niño o del adulto. Este medio, sin embargo, es probablemente indiferenciado; por un lado, todavía no hay objetos en él; por otro lado, tiene apenas alguna estructura, en particular no tiene límites netos con el individuo. El medio y el individuo se interpenetran, existiendo juntos en una “mezcla armoniosa”. Un ejemplo notable de esta interpretación armoniosa, es la del pez de alta mar, uno de los símbolos más arcaicos y más frecuentes. Es una pregunta ociosa si el

agua en la branquia o en la boca del pez pertenece al mar o al pez. La misma consideración es verdadera para el feto. Feto, líquido amniótico y placenta, son un sistema interpenetrante tan complicado de feto y medio (madre), que su histología y fisiología están entre las más temidas preguntas de los exámenes médicos.

Vale la pena recordar que nuestra relación con el aire que nos rodea, tiene exactamente el mismo molde. Este elemento ambiental debe estar allí, y en tanto alcanza para satisfacer nuestras necesidades, descontamos su existencia y no la consideramos como un objeto separado de nosotros. Si por ejemplo, en la vida adulta la provisión de aire se interrumpe, el medio aparentemente no cargado adquiere una tremenda importancia y su catexia verdadera latente, se hace evidente.

De acuerdo con mi teoría, el individuo nace en estado de intensa relación con su medio, tanto biológica como libidinosamente. Anterior al nacimiento, el self y el medio están armoniosamente “mezclados”, en rigor, penetran el uno en el otro. En este mundo, como se mencionara, aún no hay objetos, sólo sustancias o espacios ilimitados. El nacimiento es un trauma que perturba el equilibrio por un cambio radical del medio, y fuerza —con una verdadera amenaza de muerte— una nueva forma de adaptación. Esto inicia o, en todo caso, acelera considerablemente la separación entre el individuo y el medio. Los objetos, incluyendo al yo, empiezan a emerger de la “mezcla” de sustancias y de la ruptura de la armonía de los espacios ilimitados. Los objetos tienen —en contraste con las sustancias más amistosas— contornos firmes y límites agudos que en adelante deberán reconocerse y respetarse. La libido ya no es un flujo homogéneo del ello al medio; por la influencia de los objetos emergentes, aparecen concentraciones y rarificaciones en su corriente. Dondequiera que la relación en desarrollo con una parte del medio o un objeto, esté en doloroso contraste con la anterior imperturbable armonía, se retira libido hacia el yo —lo que inicia o acelera, desarrollándose tal vez como consecuencia de la nueva y obligatoria adaptación— en una tentativa de recuperar la sensación previa de unidad que existía en la vida prenatal. Esta parte de la libido sería decididamente narcisista, pero secundaria a la catexis prenatal inicial. En consecuencia, las catexis libidinosas que se observan en la temprana infancia, son de tres tipos: 1) remanentes de catexis prenatales transferidas a los objetos emergentes; 2) otros remanentes de las catexis prenatales retirados hacia el yo como consuelos secundarios contra la frustración, o sea, la catexis narcisista y autoerótica; y 3) nuevas catexis que emanan del narcisismo secundario que adquiriera el yo.

Al principio, la mayor parte de los objetos son posiblemente indiferentes o aún frustrantes, pero algunos resultan ser una fuente de gratificación. En tanto el cuidado del niño no es deficiente o insensible, algunas partes del nuevo medio pueden recibir un poco de la catexis primaria del medio inicial y tornarse objetos primarios; la relación de uno hacia ellos y sus derivados será siempre distinta en la vida restante, es decir, será más primitiva que todas las demás relaciones. Estos objetos primarios son, en primer lugar, la madre, y notablemente, en mucha gente la mayoría de los cuatro “elementos” que son símbolos maternos muy arcaicos: agua, tierra, aire y, menos frecuentemente, fuego.

Es muy probable que en los estadios tempranos de la vida postnatal, la conservación de una forma primitiva de relación exclusiva con una persona, sea el límite de la capacidad infantil en desarrollo. Como se discutiera en la Sección IV, es

éste probablemente el punto de regresión en la esquizofrenia. Durante muchos años yo creía que había un solo tipo de esta primitiva relación entre dos personas, el tipo que denomine “ocnofílica”. En esta relación se siente al objeto como un soporte vitalmente importante. Cualquier amenaza de separación crea una ansiedad intensa y la defensa más frecuente es aferrarse. Por otro lado, el objeto es tan insuperablemente importante que no se le puede dar importancia o consideración alguna, no debe tener intereses distintos de los del individuo, simplemente debe estar allí, y en rigor, se descuenta su existencia. Las consecuencias de este tipo de relación objetal son: a) una sobrevaloración del objeto, que de esta manera no se debe a una sobrecatexis de la libido narcisista; b) una relativa inhibición contra el desarrollo de habilidades personales que pudieran independizar al individuo de su objeto.

Durante los últimos diez años descubrí un segundo tipo de relación primitiva con los objetos o, tal vez más correctamente, con el medio. Propuse para ésta el término “filobatismo”. Aquí los objetos se consideran como indiferentes, o como obstáculos engañosos e indignos de confianza que más vale evitar. Para poder hacerlo, el individuo debe desarrollar algunas habilidades personales (del yo) para poder retener, o recuperar, la libertad de movimiento y la armonía en los espacios sin objetos, como las montañas, los desiertos, el mar, el aire, que pertenecen todos a la clase de los objetos potencialmente primarios, pero *pan passu* sus relaciones objetales pueden frustrarse.

Si esta teoría es correcta, debemos esperar encontrarnos con los siguientes tres tipos de relación objetal —el tipo más primitivo de “mezcla” interpenetrante armoniosa, el aferramiento “ocnofílico” de los objetos y la preferencia “filobática” por espacios sin objetos— en todo tratamiento analítico esto significa lograr una regresión más allá de cierto punto. De hecho, yo alcancé mi teoría por el camino inverso, observando en mi práctica analítica estos tres tipos de relaciones para conmigo y con el medio en general, luego construyendo mi teoría a partir de las observaciones.

En mi opinión, tojo narcisismo es secundario con respecto a la más primitiva de estas relaciones, la de la “mezcla” interpenetrante armoniosa, y su causa inmediata es siempre una perturbación entre el individuo y su medio; esto conduce a la frustración, cuya consecuencia es que el individuo llega a diferenciar lo que hasta entonces fuera una fusión armoniosa del self y del medio y retira de éste parte de su catexis, volcándola en su yo en desarrollo.

## **VII.— AMOR ADULTO**

En “Introducción al Narcisismo”, escribe Freud: “. . . la meta y la satisfacción en una elección objetal narcisista, es ser amado”. Esta es, por supuesto, otra impecable observación clínica, pero un punto teórico un tanto non sequitur. Elección objetal narcisista significa que el sujeto se toma a sí mismo o a alguien que lo representa o que de él deriva como objeto libidinoso, pero no se deduce necesariamente de la teoría del narcisismo que su deseo sea ser amado por otros. Por el contrario, como retiró su libido del mundo exterior —o como alternativa no lo cargó aún de manera que ni él mismo ni nadie que lo represente puede importar—, es de esperarse que el resto de su medio actúe indiferentemente con él. Evidentemente ésta es otra contradicción inherente a la teoría del narcisismo primario.

Toda la literatura clínica acerca del narcisismo secundario, muestra este mismo panorama de observaciones excelentes, fácilmente verificables, que no entran con comodidad en el lecho Procustiano del narcisismo primario. Annie Reich, por ejemplo,

dice que los objetos a nivel sexual pregenital se usan egoístamente para la propia gratificación; todavía no pueden considerarse sus intereses, y “. . . que definamos esta conducta como fijada en niveles pregenitales, como relación objetal o como narcisista, es un problema de terminología”. Agrega, “En estos niveles tempranos se encuentran con más frecuencia las actitudes pasivas que la búsqueda activa de un objeto” (25).

Me parece dudoso que pueda encontrarse alguna conexión lógica entre el deseo de ser amado pasivamente, usando los objetos egoístamente, la inhabilidad para considerar sus intereses, la preponderancia de actitudes de expectación pasiva más que la búsqueda de satisfacciones, y la teoría del narcisismo primario que establece que toda la libido se concentra en el yo o bien en el ello.

De la misma manera no entendemos porqué no interesa a nuestra teoría si se describen estas observaciones clínicas como fijaciones en niveles pregenitales, como relaciones objetales, o como narcisismo, ni porqué todo esto debiera ser mera cuestión de terminología. En vez de la última frase, yo repetiría que todo esto es una consecuencia natural de usar la “teoría de la valija” del narcisismo primario.

Todas estas observaciones ajustan perfectamente en la teoría del amor primario, pueden de hecho predecirse y considerarse como evidencia confirmatoria de ella. Las actitudes pasivas y la necesidad de ser amado, son una parte integral de la relación con un objeto primario, como lo son la forma egoísta de amar y la inhabilidad de preocuparse por los intereses de los objetos o por su bienestar. En las tres formas de relación primitiva —la interpenetración armoniosa, “oenofilia” y “filobatismo”— se exige que se permita dar por sentado la existencia de los objetos de uno, o la del medio; éstos no pueden tener intereses propios; su única preocupación debe ser la de preservar la armonía, cualquiera sea el costo que les signifique.

El fin último de todos los impulsos libidinosos es así, la preservación o restauración de la armonía inicial. Annie Reich describe la sensación de éxtasis que acompaña al orgasmo en estas palabras: “En este estado era como si la individualidad de la mujer no existiera más; se sentía impelida junto al hombre”. Compara esta **unio mystica** con lo que Freud llamara la sensación oceánica: “... El fluir conjunto del self y del mundo del self y del objeto primario, tiene que ver con una supresión momentánea de los límites de separación”. También esta observación clínica debió acomodarse por separado en la “teoría de la valija” del narcisismo primario, pero es una consecuencia natural de la teoría del amor primario.

La **unio mystica**, el restablecimiento de la armonía inicial entre el individuo y las partes más importantes de su medio, sus objetos libidinosos, es el deseo de toda la humanidad. Para lograrlo, debe convertirse a un objeto indiferente o posiblemente hostil en un compañero que colabora, por lo que denominé el trabajo de conquista (26). Esto induce al objeto, ahora un colaborador, a tolerar que se lo dé por sentado durante un breve período, es decir, a tener sólo intereses idénticos. Los individuos difieren mucho en las habilidades que se requieren para esta conquista”. No cualquiera es capaz de alcanzar un orgasmo o de hacer una pareja armoniosa. Asimismo, es ésta la forma más común de restablecer la armonía primaria.

En la vida adulta hay algunas posibilidades más para alcanzar este fin último, todas ellas requieren habilidades considerables. Estas comprenden al éxtasis religioso, los momentos sublimes de la creación artística y, finalmente, aunque se presenta tal vez con más frecuencia en los pacientes, ciertos períodos regresivos durante el tratamiento analítico. Aunque en todos estos estados el individuo da la impresión de retracción narcisista, tienen todos una característica común, fundamental; en estos muy breves momentos el individuo puede real y verdaderamente sentir que toda la desarmonía ha

desaparecido y que él y la totalidad de su mundo están ahora unidos en una comprensión imperturbable, en completa armonía, en una “mezcla” interpenetrante.

## NOTAS

1. “Conferencias de Introducción al Psicoanálisis”. Londres: E. Allen, & Unwin Ltd., 1936, quinta ed., pág. 276-277.
2. Ver el análisis de Sliereber, más abajo Leonardo da Vinci (1910) , Ed. Stand., XI, p. 106; y Toten y Tabu (1913). Ed. Stand., XIII, pág. 88-90.
3. JONES, Ernest. “La vida y obra de Sigmund Freud”, Vol. II, Nueva York: Basic Books Inc., 1955, p. 304.
4. “Int. J. Psa.”, XXI, 1940, p. 33.
5. “El Yo e el Ello”. Londres: Hogarth Press. 1949, p. 38.
6. Deseo expresar mi agradecimiento por el privilegio de ver esta nota en letra impresa. Aparecerá en la Ed. Stand. XIX, en prensa.
7. HARTMANN, Heinz. El Concepto del Yo en lo Obra de Freud.”Int. J. Psa.”, XXXVII, 1956, p. 433.
8. WEISS, Edoardo. Un Estudio Comparativo de los Conceptos Psicoanalíticos del Yo.”Int. J. Psa.”, XXXVIII, 1957, pág. 209-222.
9. También es posible que la idea del narcisismo primario fuera un intento de resolver un conflicto psicológico. En innumerables ocasiones Freud nos refiere en sus escritos cuán intensamente ligado se sentía a su madre —el tipo anaclítico de elección objetal—. También sabemos que estaba muy ligado a la de hombres, poderosa corriente de su vida, que comenzó a los dos años, o tal vez antes, hacia su sobrino Juan, una elección objetal de tipo narcisista. Hay muchas indicarlo-neo en la vida de Freud, entre otros su prolongado noviazgo y matrimonio tardío, que nos muestra las considerables dificultades que enconreaba al tratar de solucionar este conflicto. Es posible que la teoría del narcisismo primario, aparte de Su valor científico, haya servido poma ocultar estos dos conflictos poniendo en su lugar una estructura teórica, cómoda y libre de conflicto, por lo menos para su creador.
10. Edición Standard, XIV, p. 77.
11. “El Yo y el Ello”, Cap. III.
12. FERENCZI, Sandor.— Thalassa. Uno teoría de la genitalidad. Nueva York: “Psic. Quart.”, Inc., 1938, p. 73.
13. KANZE7R, Mark,— La Función Comunicativa del Sueño.”Int. .J. Psa.”, XXXVI, 1955, pág. 261-265.

14. WINNICOTT, D. W.— Objetos Transitorios y Fenómenos Transitorios (1951). En: Collected Papers. “De la Pediatría al Psicoanálisis”. Nueva York: Basic Books, Int., 1958.
15. He descrito las relaciones normales como triangulares o como relaciones edípicas BALINT Michael: Las tres Areas de la Mente. Consideraciones Teóricas.”Int. J. Psa.”, XXXIX, 1958. pág. 328-340.
16. HILL, Lewis B. “Intervención Psicoterapéutica en la Esquizofrenia’. Chicago: Imprenta de la Universidad de Chicago, 1955, pág. 108 1(19, 113,
17. STANTON, Alfred H. y SCHWARTZ, Morris, S. “El Hospital para Enfermos Mentales”. Nueva York: Basic Books, Inc., 1954.
18. SPITZ, René A.— Depresión Anaclítica. En: “El Estudio Psicoanalítico del Niño”. Vol. II. Nueva York: International University Press, Inc. 1946.
19. RANK, Otto— “Die don Juan – Gestalt” Viena: Int. Psa. Verlag. 1924.
20. DEUTSCH, Helene.— Don Quijote y Don Quijotismo. “Psic. Quart.”, VI. 1937, pág. 215-222.
21. GREENACRE, Phyllis.— “Trauma, Nacimiento y Personalidad”. Nueva York: W. W. Norton & Co., Inc., 1952.
22. GREENACRE, Phyllis.— Modelamiento Pregonal.”Int. J. Psa.”, XXXIII. 1952, p. 214.
23. HOFFIER, W . — “Una Reconsideración del Concepto «Narcisismo Primario» de Freud”. Ensayo leído en la British Psa. Societe, junio 1959. pág. 8, 9.
24. BALINT, Michael.— “Emociones y Regresiones”. Nuevo York: International University Press. Inc., 1959.
25. REICH, Annie.— Elección Objetal Narcisista en las Mujeres. “J. Amer. Psa. Assn.” 1, 1953, pág. 22-24.
26. BALINT, Michael.— Acerca del Amor Genital. “Int. J. Psa.”, XXIX, 1948. Reimpreso en “Amor Primario”. Londres: Hogarth Press, Nueva York: Liveright publishing Co.. 1952.